

Islandia, tierra de fuego y hielo, *eldur og ís*.

A veces es difícil imaginar la multiculturalidad de Europa. El Sur, los nórdicos y el ambiguo despliegue central, me decía yo. Una idea muy corta de miras que me hizo ver lo equivocada que estaba. Me quise dar sorpresas cuando escogí este destino de Erasmus+: más allá de los trámites pertinentes y la casi imposible busca de vivienda (recomiendo encarecidamente que busquéis con más de tres meses de antelación), no quise informarme de los secretos del país.

Ni silenciosos, ni aburridos, ni alcohólicos, ni desagradables; los islandeses fueron mi primera gran sorpresa. Sorprendentemente cómicos, inherentemente bonachones, los vikingos existen en un estado constante de calma y bienestar, emanando un buen humor permanente. Como la vida son contrastes, el clima no podía ser más diferente. “Si no te gusta el tiempo, espera 5 minutos (y se pondrá peor)”, dice un popular refrán islandés. He vivido días en los que ha nevado, granizado, llovisnado, llovido y brillado el sol, en el transcurso de horas. No es exageración. El enemigo número uno de un friolero, sin embargo, es el viento, que aquí no da tregua en ningún momento del año. En Islandia siempre hace frío, pero el cuerpo termina descubriendo un espectro de fríos que le permiten disfrutar de las pequeñas variaciones estacionales, y que le hace a uno emocionarse pensando en verano.

Qué decir luego del país... No hay nada como este rincón del mundo. Jamás imaginé lo que puede ser un glaciar, la extensión infinita de pura luz, el movimiento de una mole; lo que son los icebergs. Qué decir del encontrar conos volcánicos por cada rincón, o de levantarte una mañana y de camino a la universidad ver la pluma de un volcán que acaba de entrar en erupción, con sus consecuentes terremotos. Ballenas, focas, frailecillos, gaviotas, blancos zorros árticos, pasean por su océano y sus costas.

Trabajar y estudiar es completamente factible y está más que muy bien pagado.

La facultad es preciosa y moderna, y los estudiantes la habitan. Más que una universidad, parece una casa del estudiante. Se respira un aire de solidaridad estudiantil, de equipo, que yo no había experimentado antes a esta escala. Hay asociaciones de alumnos que organizan actividades todos los viernes, donde se va a distintas empresas que te explican cómo trabajan, y te invitan después a cenar en sus mismas instalaciones. La comunidad internacional es fuerte y ocupa un hueco importante en la universidad, siempre tienen actividades. No hay apenas exámenes (de 9 asignaturas, he tenido 1 único examen final presencial y 3 finales de libro abierto que se hacían desde casa) y su forma de entender el aprendizaje a través de constantes trabajos e informes frente a la memorización convencional, ha probado ser muy útil.

Como curiosidad, Islandia entera opera a través de Facebook, así que no queda otra que hacerse una cuenta.

Si buscáis que os cambie la forma de entender Europa y el Norte, y queréis vivir en uno de los sitios más distintos a España que se pueden encontrar, Islandia os espera.

Isabel Duque Hernando





















